



Argumentos
107

Premiado en Obra de

1928

ARGUMENTO PARA PELICULA

La Voz

BIBLIOTECA NACIONAL

L. 5 Bes 1 → SA

Julio 2. → 1

Quito-Ecuador

del Destino

POR

José L. Acevedo

GUAYAQUIL-EQUADOR

1928

Imprenta y Papelería
PROGRESO de S. Martínez G.





LA VOZ DEL DESTINO

ARGUMENTO PARA PELICULA

Una casa de campo (en un pueblo cualquiera) Vinces por ejemplo; Techo en partes de Bijao, partes de zinc; 2 cuerpos, con un placer cercado en medio. Rodea la posesion huertas de cacao, café, &, &, a un costado de la casa, una huerta de plátanos, un camino estrecho y tortuoso conduce a la Hacienda del dueño de esas posesiones. La casa hacienda; edificio grande y bien presentado. Paredes blancas, techo de zinc, dividida en varios cuerpos, establo para el ganado a un costado, jardín bien cultivado por delante; Varias cuadrillas de trabajadores en las distintas ocupaciones del campo, unos abriendo trochas, otros rosando, otros tumbando cacao &, &, el Mayordomo montado a caballo vigila a los trabajadores con escrupulosa exactitud. Es día sábado; un atardecer triste y oscuro; llega la hora de paga; acuden las distintas cuadrillas a recibir su jornal, a la casa del Mayordomo contigua a la de la Hacienda, ésta casa medianamente cómoda, tiene un placer muy grande y limpio al frente;

en él se reúnen las cuadrillas. En los bajos de la casa hay una tienda donde se expende a la vez, comestibles como ropa, y licor, un empleado con cara de idiota y borracho atiende a los compradores, éste está en el interior de la tienda manipulando el aguardiente que debe servir para emborrachar a los peones, a fin de que de esa manera quede el jornal en beneficio de la misma hacienda. Una muchacha de regulares facciones sobrina del Mayordomo, huérfana de padre, y que habita en compañía de su tío, está asomada a una de las ventanas del piso alto de la casa viendo llegar a los trabajadores; entre éstos hay un mozo más o menos de unos 20 años, robusto y simpático que llega como guía a la cabeza de uno de los grupos. La muchacha a quien llaman Elena demuestra inquietud viendo llegar varios grupos, y no el, en que debe venir Ricardo, su elegido; Unos maceteros rodean la ventana donde ella se halla; Uno de ellos está cargado de rosas, su flor predilecta; las rosas azotan su cara pensativa, al impulso de la brisa; derepente alza la cabeza que tenía apoyada en una mano, y se sonríe, la alegría reanima su gracioso rostro; acaba de ver aparecer a su Ricardo que sale abriéndose paso entre unos matorrales que dan frente a la casa y sirve de borde al placer. Apenas sale al claro, mira

a su chica y se saca con respeto el sombrero de anchas alas que le cubre; élla le hace señas de bienvenida con la mano, él se sonríe enigmáticamente, falto de expresión, parece colérico, élla lo nota, y vuelve a quedar triste, imagina que no la quiere, despues de un momento en que hace varios esfuerzos para que él la mire, se retira al fondo de la pieza, y se sienta en su camita limpia y bien arreglada prorrumpiendo en amargo llanto, es su cuarto y, allí se ven varios utensilios de mujer joven, frente a la cama un peinador con su espejo grande y varios menesteres de aseo personal, en un rincón un altar pequeño donde venera a San Jacinto, santo de su devoción, a él dirige sus miradas suplicantes cada vez que el llanto la desahoga un poco. No sabe la causa de que Ricardo esté incómodo, ella no le ha dado motivo, piensa en su porvenir y lo ve oscuro. Tiene ya 18 años, es huérfana y no tiene mas pariente que su tío, hombre afable y cariñoso, pero preocupado en su trabajo no se da cuenta de ella. Varias veces le pidió con llanto en los ojos, que la trajera a Guayaquil su ciudad natal, pero siempre no consiguió más que vanas esperanzas. Un día no lejano vió presentarse a donde su tío, a un mozo de aspeto franco y leal ¿venía? ... no se sabe de donde; nadie le preguntó tampoco. Solicitó trabajo y fue

admitido; dado su carácter caballeroso y su afán por el trabajo, pronto se ganó la confianza de Anacleto el mayordomo y tío de Elena, sus compañeros veían en él a su futuro Jefe; y así fue: al poco tiempo, Anacleto le hacía Capataz o guía y los demás trabajadores estaban subordinados a él. En muchas ocasiones él salvó a varios de sus compañeros, de multas y castigos impuestos por Anacleto, según sus faltas, y por eso se granjeó el cariño de todos ellos. El día a que nos referimos, tuvo un disgusto con un mozo nativo del lugar y que trabajaba en otra cuadrilla en la que se guardaba cierto antagonismo con respecto a él. Ese antagonismo nacía provocado por Aniceto, mozo que tuvo la debilidad de poner sus ojos en Elena, sin ser aceptado por ella. El rencor creció al ver que Ricardo era mirado con buenos ojos por parte de la chica, y alma rencorosa y cobarde, andaba asechando una oportunidad para vengarse. Ricardo vivía en la casita que primero hemos diseñado; era una posesión abandonada por su primitivo dueño a causa de una fatalidad doméstica, y esta se la cedieron para que viviera y la cuidara en compañía de un negrito aparecido como él, sin saber de donde, pero que pronto cogió cariño a su blanco como el llamaba a Ricardo y se quedó a vivir con él. Ricardo cuidaba del negrito

con paternal cariño y este correspondía a su amo con el denuedo de un esclavo. Aquél día como de costumbre siguió a su amo hasta el lugar del trabajo y cuando regresaba muy contento a la casa, de un recobeco salió a su encuentro Aniceto y plantándosele delante con aire amenazador, tomó al chico por la cintura lo levantó en vilo y sin mayor dificultad lo estrelló contra un corpulento matapalo que se alzaba magestuoso al borde del camino. El negrito quedó exánime, y él después de cometido su acto brutal, se escurrió entre los matorrales y fue muy ufano y sin preocupación ninguna a reunirse a su cuadrilla que se hallaba a poca distancia del lugar del suceso que acabamos de referir. Mas como ningún crimen queda oculto en esta vida, hubo un ser que presenciara el salvaje atentado que Aniceto acababa de cometer; éste era un infeliz leñador que recogía palos secos para venderlos al pueblo; era esta su profesión desde que quedó inválido de una mano, debido a una mordida de culebra que por milagro a costa de mucho peligro y sacrificando su mano derecha a la cuchilla, pudo salvarse. Apenas desapareció Aniceto, se acercó al desvanecido negrito y lo trasportó a su domicilio distante unas pocas cuadras de aquel lugar; allí lo dejó al cuidado de su familia, y regresó a comunicar lo acaecido, a Ricardo

a quien conocía muy de cerca por ser su vecino y deberle varios favores prestados por él con toda generosidad. Apenas Ricardo supo el caso, se dirigió a donde Aniceto para increparle su proceder, pero éste lejos de darle una satisfacción, lo recibió con sarcasmo y muestras de burla, haciéndole creer, que si procedió así fue porque "Papirusa" (el negrito) le había perdido la correspondencia enviada por Elena y que él esperaba con ansia puesto que en ella le definía el amor que ella guardaba hacia él, y que por último: el negrito era su paje puesto por él en casa de Ricardo, solo como espía para que vigilara sus actos. Este fue un golpe mortal para Ricardo y habiendo quedado anonadado ante tal declaración, ya no pensó más en castigar al cruel, puesto que había usado de su derecho; la congoja invadió su alma, puesto que él había soñado en el amor de Elena a quien secretamente veneraba como al único idilio de su alma. Sin decir palabra, regresó al frente de su cuadrilla a continuar sus labores, pero con su corazón hecho pedazos.

Unos bancos de madera puestos frente al portal de la casa servían de asiento a la peonada que en revuelto torbellino iban llegando en distintas direcciones; los últimos en llegar fueron los de la cuadrilla de Aniceto, pues se habían retrasado esperando la presen-

cia de Ricardo al que hemos visto entrar de los primeros dada lo excepcional de los acontecimientos ya narrados. A medida que llegaban se iban colocando en los sitios acostumbrados para recibir sus jornales. Ricardo atormentado con las lúgubres ideas que llevaba, no quiso tomar parte en la algarabía de su gente y silenciosamente se retiró a un ángulo que formaba la casa con la tapia del huerto. Eran las seis de la tarde y el sol desaparecía en su ocaso dejando su tinte rojizo de las tardes estivales. A esta hora empezaba el pago por orden alfabético. Cada individuo llamado por la voz potente del Mayordomo, se acerca ufano y recibe en paquetitos el precio de su jornal, y así desfilan ante la tosca mesa en que se halla sentado Anacleto, desde el primero al último de los presentes, la algarabía formada despues es incontenible; unos juegan, otros ríen, otros se hacen morisquetas y los de más allá lanzan epitetos picantes y sobrenombres a todo el que se les presenta. Los que ya han recibido su jornal se apresuran en acercarse a la tienda a consumir su botella de aguardiente, mientras otros más moderados se aперan de los menesteres de sus casa, pero son contados, y siempre están en pugna con los bebedores, que les invitan a servirse una copa, la que al no ser aceptada, redunda en una an-

danada de denuestos y puyas que hacen enrojecer a los ofendidos. Ricardo siempre ha salido a favor de éstos, pero ahora está en un estado de ánimo que no ve lo que pasa a su alrededor. Son ya las siete y ya todos han sido cubiertos de sus haberes; esa tienda forma un enjambre, y el idiota parece haberse concretado sólo a repartir licor a los presentes. Oye Manolo, dice Aniceto a uno de sus compañeros con quien acaba de tomarse una "doble"; estoy contento porque al pretencioso de Ricardo le he jugado una mala pasada: le he hecho creer que la chica Elena me quiere a mí, y temo que resuelle. No hagas caso "Papujo" que pa-eso estoy yo aquí, y mardito si se mete, le rebano las orejas con mi "rabón" y al decir esto sacó su afilado puñal del tamaño de una bayoneta. Gualda ese chisme Manolo, dijo Aniceto dándole una palmada en el hombro a su compañero, pero éste que ya había libado algunas copas, hizo una cruz con el puñal en el suelo y dijo: "Por esta Santa Cruz" y por mi madre, que como te ofienda, le ensarto pa que recuelde der día en que nació; Bernaldo! sirve otra copa; canastos! hoy me emborracho, por argo se ha de trabajar. Afuera la algarabía seguía en aumento y Ricardo fastidiado con tanta bulla buscó refugio entrando por una puerta secreta al interior de la

tienda, donde el idiota tenía su camastro en que dormía. Nadie lo vió retirarse, excepto Elena que pasado el llanto, le atisbaba por tras los maceteros. Algo le pasa se decía, nunca lo he visto tan taciturno, yo lo sabré y resuelta a llevar a la práctica su propósito bajó hasta el descancillo de la escalera y se quedó petrificada oyendo el plan inicuo de los dos malvados; oyó aquel juramento terrible que le erizaron los nervios "Por esta Cruz" y por mi madre, como te ofienda lo ensarto "Vió brillar el puñal como relámpago através de las carcomidas tablas que la ocultaban, quedó tan desconsertada que no se atrevió a moverse de su sitio, pero aprovechando de un momento de reacción, bajó las escaleras y se dirigió como ebria al lugar donde su tío charlaba alegremente con la mujer de uno de los Colonos. Este, al ver a su sobrina en tal estado de agitación, corrió a encontrarla a tiempo en que caía desvanecida entre sus robustos brazos. Aniceto y Manolo ajenos a este incidente, se entregaron a la alegría retozona, con que en el campo se sabe esperar la alborada del Domingo, día de jolgorio y descanso para toda esa pléyade de esforzados campeones del trabajo. ¡Manolo! dijo Aniceto, ¿Que te parece si le hechamos un versito a Helenita, como pa hacerle la boca agua? Bien, muy bien, contestó:

Manolo, venga la guitarra pues; y tomando una que colgaba de una de las paredes de las perchas del tenducho, se sentaron a la puerta del zaguan y con voz quejumbrosa que arrancaban sus destempladas cuerdas entonaron el consabido "AMORFINO" (baile clásico del montuvio). Empieza tú Manolo dijo Aniceto, que ya daba traspies, segado por el alcohol; No, tú primero dijo Manolo, a tí te toca; cántale una de amor y contra ella; ¡allá va pues garrapata!

La mujer que quiere a dos
No es mala sino advertida
Cuando la una vela se apaga
La otra queda encendida.

¡Bravo! ¡bravo! dijeron en coro todos los que atraídos por la música rodeaban a los cantores, contestale Manolo, prorrumpió el poblacho:

El chupa flor a las flores
Liba su dulce miel
Y el hombre a las mujeres
Con ramitos de clavel.

Esa que te toca "huatusa", gritaba el corro como arrebatados de delirio; otro! otro cómetelo Aniceto. Pero Aniceto acababa de ver a Ricardo que salía del fondo de la tien-

da, y que de un saito atravesó el vestuto mostrador, derribando copas y botellas que yacían amontonadas en desorden; En un segundo se plantó ante el insolente cantor e hirió su cara con una terrible bofetada. El impulso del golpe y el desequilibrio en que se hallaba, hizo rodar por tierra a Aniceto arrastrando en su caída a su compañero. Más reaccionando inmeditamente, sacó su machete del cinto y atacó con furia, ciego de ira y de venganza, haciendo retroceder a Ricardo que gracias a su agilidad, podía evadir los terribles golpes que en un interminable molinete describía su encarnizado enemigo; mientras tanto como sucede en estos casos, se formaron dos partidos entre los que presenciaban este aterrador espectáculo e inmediatamente salieron a relucir una veintena de machetes que fulguraban destellos de fuego, al reflejarse en las luces mortecinas que salían del fondo de la tienda. Palabras de denuestos, intergerciones insolentas, y juramentos horribles salían de todas las bocas. Los dos partidos ebrios de sangre empezaron a atacarse con saña, y el ruido acampanado de los machetes al chocarse entre sí, sonaban como un doble de campanas en un derruido campanario. Algunos heridos yacían en el suelo revolcándose en su sangre con alaridos de dolor, mientras otros invadían la tienda

apoderándose de las botellas de licor y vaciándolas de un trago después de lo cual, arrojaban sus cascotes contra el suelo formando una algarabía infernal. Anacleto después de depositar a su sobrina desmayada en su cama y dejarla al cuidado de su vieja sirvienta, bajó precipitadamente a informarse de la causa de semejante escándalo deshusado en aquella siempre pacífica propiedad; pero al poner los pies en el tablado que servía de portal, se quedó paralizado; el patio de su casa era un campo de agramante, los contendientes seguían atcándose en la oscuridad, y solo se distinguía diseminados por los rincones a los combatientes por el ruido de sus machetes y las chispas de fuego que despedían al chocar los unos con los otros. Un alarido de dolor que partía del fondo del patio y que repercutió en su corazón como un anuncio de lo trágico, sobresaltó más al pobre Mayordomo que no sabía que hacer en aquellas terribles circunstancias, pero al fin tomando una resolución heroica, subió corriendo a su cuarto y descolgó su pistola enmohecida que pendía de uno de los pilares de la cama; la cargó en un abrir y cerrar de ojos y descendió precipitadamente al patio. Los combatientes ahora pocos, estaban diseminados en distintas direcciones pero él por una especie de presentimiento, tomó la dirección hacia el lugar

donde oyera esa queja que tanto le impresionó, tres hombres luchaban en aquel lugar, uno de los cuales se defendía heroicamente arriado a la pared que dividía el patio del huerto. En ese momento, a una orden imperiosa de su amo Bernardo sacó una lámpara para alumbrar el patio. El espectáculo que los ojos horrorizados de Anacleto pudo ver, no es para descripto. Ricardo bañado en su sangre que resbalaba por el pecho de su balnea camisa, hacía esfuerzos por defenderse de sus dos enemigos que le habían cercado atacándole con furia salvaje; Un pedazo de machete quizá tomado al azar de alguno de los combatientes, era la única arma de que se servía para defenderse. Manolo esgrimía su puñal tratando de introducirlo en el corazón de su desventurado Jefe, y Aniceto enrollado su poncho en el brazo izquierdo sirviéndole como escudo, blandía su afilado machete queriendo cercenar la cabeza del infeliz joven, la presencia de Anacleto quien rastilló su pistola, contuvo a tiempo aquel cobarde asesinato. Los bandidos bajaron sus armas jadeantes y hechando espumarajos por la boca. Ya era tiempo, Ricardo desvanecido a consecuencia de la abundante sangre vertida, caía pesadamente a los pies de Anacleto quien se inclinó a palparlo si vivía aún, para prodigarle los cuidados que el caso re-

quería; Mientras tanto los dos facinerosos, huían del lugar internándose entre la espesura de las más próximas huertas de cacao.

Elena apenas vuelta en sí corrió en busca de su tío creyendo no llegaría tarde, pero fue grande su estupor al ver que Anacleto llevaba en brazos el inanimado cuerpo del desgraciado joven.

Asiduos cuidados prestados a tiempo salvaron la vida a Ricardo. La herida profunda recibida en el pecho, comprometía en parte sus pulmones y la debilidad acentuada en su rostro pálido dió a su expresión ese carácter de dolor incurable que sienten las almas sensibles y generosas.

El médico del pueblo que lo atendía pronosticó que sanaría pero a fuerza de cuidados y después de algún tiempo; Anacleto y Elena constituidos en enfermeros del simpático joven, jamás supieron la verdadera causa de aquella sangrienta tragedia desarrollada en su casa, la que recordaban con horror siempre que veían la cara melancólica y sombría de Ricardo.





Parte Segunda.

Don Pedro Mackwel acaudalado banquero guayaquileño, tiene su elegante palacio construido en el barrio mas céntrico de la ciudad. Sus oficinas de banca están instaladas en los bajos de su soberbio edificio, todo en él respira elegancia y confort, varios autos esperan en línea, frente al edificio, la menor indicación para ponerse en movimiento. Tanto los empleados como el personal inferior visten de etiqueta rigurosa. Algún acontecimiento social, de esos que dejan recuerdos imperecederos, debía efectuarse en aquella señorial mansión; el ir y venir de la servidumbre denotaba un inusitado movimiento. Era el atardecer de un Domingo; durante el día una procesión interminable de charoles ostentando diversos objetos de arte, y finos utensilios domésticos, entraban a éste mágico Castillo; donde todo era esplendor, luz y grandeza, diversos ramos de flores blancas artísticamente combinadas, pendían de las paredes simulando arcos y gallardetes de un golpe de vista encantador. La fragancia a azahares y jazmines trasendía a grandísima distancia. Para nadie era un secreto, el que se trataba de

un matrimonio; el hijo del acaudalado Mackwel con una simpática chica ahijada de don Pedro y criada en la casa desde sus tiernos años por haber quedado huérfana y no tener quien viera por ella; su condición humilde a la par que el rose social indispensable para presentarse al gran mundo, cosa que ella no poseía, hacían de esta muchacha algo así como una doméstica mimada de sus amos y engraiada a fuerza del buen trato recibido de ellos, en las diversas fases de la vida por la que había tenido que pasar. Pero no era más; de esta clase de vida, a ser la esposa del más acaudalado heredero de la fortuna y dinastía de la más linajuda familia del puerto. ¿Que capricho del destino, que hada misteriosa pudo conducirla? Pero ya que no poseía nobleza de sangre ni riqueza material en sus arcas, en cambio Irene poseía un alma sencilla y bondadosa, y una virtud e inocencia a toda prueba. Era por decirlo así, la dicha del hogar del prematuro viudo don Pedro quien tuvo la fatalidad de perder a su simpática esposa, al año de su matrimonio, precisamente al venir al mundo su hijo Ernesto. El dolor acerbo que dejó en el alma de don Pedro esta irreparable pérdida, cambió su carácter alegre y locuaz en taciturno, sombrío y reservado. Jamás tuvo una caricia para su hijo, considerándolo como causa directa

de la muerte de su esposa querida, su Margot. De esta suerte la vida del joven Mackwell si rica y abundante por un lado, era amarga y llena de decepciones por el otro. El no tenía la culpa de haber nacido, y sin embargo su padre era terco y austero con él sin que jamás un alago de su parte endulzara su vida de niño, ni apaciguara su vida fogosa de joven. La autoridad de don Pedro en la casa, era invulnerable, y con su carácter despótico, lo que él imponía era una ley. Solo Irene parecía doblegar un poco la voluntad férrea del viejo, y esto precisamente le causaba escosor al joven, ¿porqué una intrusa debía tener más aliciente para su padre, que su mismo hijo? Luego el haberse criado juntos, haber jugado en sus primeros años con la intimidad de hermanos, ese rose diario y a todas horas ¿No resta el amor que se debe sentir hacia una elegida del corazón, para poderla hacer esposa? esto precisamente sucedía a Ernesto quien por una orden autócrata de su padre se veía en el caso fortuito de contraer matrimonio con una mujer a quien no amaba, o a quien amaba, pero en otra forma, fraternalmente. Esto para el carácter altivo del joven, era el mayor sacrificio que se le podía exigir y veía acercarse la hora, indiferente. Comprendía que su vida sin amor sería un calvario; su carácter

franco se resistía a semejante sacrificio. Muchas veces trató de disuadir a Irene, pero ella que amaba seriamente a Ernesto, contestaba evasivamente fingiéndose esclava del deber que le había impuesto Don Pedro. Así las cosas el día llegó. Ernesto friamente vió los preparativos y sin ninguna emoción, esperó la noche; recluso en su lujoso gabinete, meditaba; Irene resplandeciente de alegría abrazaba tiernamente a su futuro suegro mientras los preparativos culminaban en lo excelso de magnificencia: los jardines adyacentes estaban engalanados con banderolas y un nutrido tejido de luces de colores daban un aspecto fantástico al conjunto; un surtidor de mármol sostenido por cuatro cupidos esmaltados, rociaban de cristalinas aguas un hermoso caracol de nacar; los invitados empiezan a llegar paulatinamente en sus lujosos autos de cojinetes de terciopelo y los magnates de la élite social acuden presurosos a presentar sus respetos a la nueva pareja. Son las nueve de la noche, el salón máximo en que se debe celebrar la ceremonia resplandece como un sol; las potentes bujías esparcen viva luz hasta en los más apartados rincones del palacio; la ancha escalinata de mármol con cinta alfombrada en medio, se vé invadida de curiosos. Un tumulto inusitado se agolpa a la entrada, ávida de presenciar tan

regio acontecimiento; Un lujoso auto acaba de parar frente al vestíbulo; de él desciende el Obispo de la Diócesis acompañado de varios canónigos, la multitud le abre paso con respeto y los sigue con la vista hasta que trasponen el último escalón. Alguien trata de gritar ¡vivan los novios!, exclamación que fue coreada por la multitud; Un hombre embosado en ancha capa y con sombrero de fieltro negro que le cubre hasta los ojos, acaba de deslizarse silenciosamente en dirección opuesta a la de los concurrentes; al oír la exclamación de vivan los novios, baja la cabeza y se confunde entre los espectadores. Nadie lo toma en cuenta; sus miradas ávidas están pendiente de los acontecimientos realizados en los salones que dan frente a la escalera. En este instante una bien organizada orquesta, ejecutó una de las piezas clásicas de Mozart; y el bullicio aumenta desbordante de entusiasmo. Al terminar los últimos acordes, Irene sale espléndida de hermosura con su vestido blanco de finísimo tül, cuya cola es levantada por media docena de pajecillos. Su aparición es saludada con atronadores aplausos, e inmediatamente fue conducida a ocupar un deslumbrante trono con doseles de seda que se hallaba en el centro de aquel regio salón. Pero Irene en medio de aquella magnificencia denotaba manifiesta

anquilidad, sus miradas se dirigían angustiosas a la entrada lateral del salón por donde debía aparecer de un momento a otro su adorado Ernesto; mas este no salía; todos lo esperaban ansiosos; los minutos transcurrían como siglos para todas las personas ávidas de presenciar la ceremonia. Al fin Dn. Pedro que atendía finamente al prelado y su comitiva, notó ese ambiente de intranquilidad que se adivinaba en todos los semblantes, se levantó presuroso y con semblante adusto se dirigió al gabinete de su hijo. Que incorrección! hacerse esperar de gente tan distinguida y en semejantes circunstancias. Se acercó al gabinete cuya puerta se hallaba entreabierta; llamó con los nudos de los dedos; nadie contestó; Volvió a llamar, mas fuerte, pero con el mismo resultado. Intranquilo se dirigió a las demás dependencias preguntando a todos los que encontraba a su paso; pero nadie lo había visto; Se supuso que estaría en el tocador de Irene al que se dirigió presuroso, pero nada, se puso a dar voces llamándolo furioso, pero nadie contestó; ni nadie daba razón de él. ¿Qué habría pasado? la intranquilidad de Dn. Pedro crecía de punto. ¿Quizá no habría venido de la calle? pero nó, el debía estar ahí a cumplir su mandato cueste lo que cueste, esa era su norma. ¿Qué hacer? ¿Cómo disculparlo a la

concurrancia? ¿Qué debería decir? Bueno, esperaría un rato más; tal vez tuvo alguna necesidad urgente y hubo de salir; sus amigos le habrán demorado felicitándole. Con esta esperanza y un cúmulo de ideas, regresó al salón; los circunstantes que ya parece sospechaban algo, estaban intranquilos; al verle aparecer sin su hijo, un movimiento de angustia agitó todos los rostros. Irene se puso pálida como el marmol; ¿Qué podía haberle sucedido a Ernesto? El Prelado se agitaba en su sillón con verdadera muestra de intranquilidad. La orquesta para entretener al público volvió a preludiar un vals de Straus, y los demás acudieron a la dama con palabras cariñosas. La atmósfera empezó a hacerse sofocante a bajo el gentío era enorme y los autos se cruzaban llenos de invitados que acudían presurosos creyendo hacerse tarde: Una campanada acababa de sonar en el dorado reloj que lucía en la cúpula de la torrecilla del palacio: eran las nueve y media; a esta hora debía de regresar el Prelado a su mansión, donde tenía una conferencia; Los padrinos de los novios se acercaban a Dn. Pedro, que nervioso dirige miradas ávidas a la entrada; la palidez es mortal en su semblante; en este momento la camarera de Irene entra agitada llevando en sus manos una carta que deposita en las de Dn. Pedro; explica ha-

berla encontrado bajo un ramo de flores en el tocador de su ama; la carta fue abierta inmediatamente; con mano temblorosa desdobra el blanco mensaje y ante la expectación del público aglomerado a su alrededor, lee lo siguiente: "Querido Padre: — sé el disgusto que os voy a proporcionar, pero debías ser más compasivo de tu infeliz hijo: podías haber dispuesto de mi vida, pero no de mi corazón; a tí te consta y muchas veces te he dicho que yo no amaba a Irene, es muy noble de alma, pero nos hemos criado juntos y solo guardo para ella un cariño de hermano y nunca podría perdonarme el hacerla desgraciada por falta de mi amor. Perdóname padre mío, siempre he acatado tu voluntad pero en este caso me resisto, Adios.—Tu hijo que te ama y respeta. Ernesto Mackweil.

El golpe dado con la lectura de esta terrible misiva, no es para descrito; la confusión reina entre los circunstantes. Irene cae de su asiento y rueda por el suelo presa de horribles convulsiones. Dn. Pedro también cae exánime entre los brazos de los que se hallaban más cerca de él; la noticia cundió como un reguero de pólvora por todas partes y el populacho aglomerado en la calle, prorrumpen en agudos silvidos. Todos los dignatarios al igual que las demás personas, empiezan a deslizarse silenciosamente aprovechando de

la confusión. Irene y Dn. Pedro son trasportados a sus lechos para prodigarles los cuidados necesarios; al fin aquel soberbio edificio hace un momento lleno de esplendor y grandeza, va quedando vacío y silencioso; la servidumbre con la cabeza baja cruza por los anchos corredores sin saber que hacerse.

Los médicos hacen esfuerzos por salvar a los pacientes. Los cronistas de los diarios acuden presurosos a tomar nota de lo sucedido para trasportar sus comentarios a los grandes rotativos. Nadie se explica este insólito caso; sólo hay una persona que tiene la clave del misterio, este es Dn. Pedro; Irene vuelta en sí a fuerza de cuidados, se levanta demacrada, y arrodillándose ante un cristo de plata que hay colocado en su oratorio, jura entre sollozos internarse en un convento a terminar sus días consagrada a Dios, quien no la despreciaría como su novio ingrato, los comentarios en público son varios y a cual más antojadizos. Dn. Pedro reacciona paulatinamente pero muy débil; sus negocios han quedado medio paralizados después de tan lamentable acontecimiento. La mayor parte del tiempo lo pasa metido en su gabinete particular y a puerta cerrada; muchos le miran con lástima y creen que se vá a volver loco. En su soledad, Dn. Pedro reflexiona el mayor yerro de su vida,

el arrepentimiento : hace brotar lágrimas a sus azules ojos ; ¿porqué el fatal destino, le había condenado a tal expiación? En sus primeros años de juventud, cuando apenas tenía 18 años y cursaba el cuarto año de derecho en el antiguo plantel San Vicente (hoy Vicente Rocafuerte) varios de sus compañeros le invitaron a una cacería por las cercanías de Vinces, donde uno de ellos, Alberto, tenía una finca propiedad de sus padres, linda posesión rodeada de bosques frondosos, de hermosísimas huertas de cacao, cafetales, extensos y dehesas maravillosas donde pastaban ganados de finísima cría, y caballos de una raza congénere de los árabes, conocidos en todo el mundo por su estampa y fina sangre. El viaje de Guayaquil a Vinces se realizó lleno de alegría y entusiasmo. El vapor en q' iban se convirtió en hermosa sala de baile y a los acordes de una competente orquesta, la juventud alegre y retozona danzaba entre risas de alegría y chansonetas de sabor picante que todos festejaban con carcajadas de satisfacción.

Seis horas de placer imborrables, las que transcurrieron en el viaje lleno de encantos y sorpresas para todos los excursionistas, las cristalinas aguas se deslizaban mansas y tranquilas como una cinta de plata tendida entre una alfombra de esmeraldas; las riberas

exhuberantes de tupidos y frondosos árboles frutales, como : mangos, guayabos, naranjos, & & y palmeras de coco cargadas de succulentos frutos, daban al paisaje una idea del paraíso prehistórico en que Dios puso a Adán y Eva apenas salidos de sus manos creadoras. Pintorescas casitas de criollos con sus techos de bijao y su corral de gallinas se hallaban situados como centinelas en hileras interminables a lo largo del anchuroso río. Al ver pasar a la alegre caravana, muchos de sus dueños, cholos robustos de color bronceado, con sombreros de paja de anchas alas y cintas de colores vivos, su machete al cinto y sus corvas apretadas a los pies, salían curiosos al dintel de sus puertas o al "remedo de muelles" fabricados de palos de balsa frente a sus viviendas, para saludarlos con el garbo y franqueza proverbial en ellos. Chicos retozones, araposos y casi desnudos, y mujeres de color canela, pero vivas y de ojos expresivos daban desde los corredores de sus casas, la bienvenida a los viajeros bandereando pañuelos rojos o blancos, con la sonrisa en los labios y la alegría en sus semblantes.

El arribo a las hermosas playas del pueblo fue suntuoso; los campesinos se arremolinaron al derredor de los viajeros para darles su bienvenida; gentes sencillas y hospitalarias reciben a los forasteros con señaladas mues

tras de aprecio. La orquesta tocó un alegre pasodoble flamenco que hizo saltar de alegría a todos sus oyentes. Al amanecer del día siguiente, después de una noche tormentosa, se dispusieron a la cacería; el júbilo de aquella juventud pletórica de vida y fogosa, fue indescriptible. La pieza era un Tigrillo que había asomado por los alrededores de la hacienda de Alberto, y tenía diezmado el ganado menor que pastaba tranquilamente en una de sus extensas dehesas, el cubil había sido ya localizado y los perros de la hacienda habían olfateado la presa muy a menudo. Los cazadores se repartieron en dos bandos para dirigirse por caminos opuestos siendo el punto inicial de la batida un espeso bosque e intrincados matorrales que dificultaban el camino; habían unos palos podridos y cubiertos de lianas que estorbaban el paso; tenían, que andar con muchas precauciones para no caer en alguna sorpresa, él, Pedro dirigía la marcha del bando izquierdo, su escopeta de dos cañones la llevaba cargada y lista para disparar, un puñal al cinto y un cuerno de caza completaban su menaje de cazador, de repente vé agitarse las ramas a distancia de unos 20 pasos de él, la espesura no permite ver que es, sus compañeros han quedado bastante atrás y no podrían favorecerle, luego el honor de ser él, el que diera caza al Tigrillo,

el solo, sin ayuda de nadie, lo impulsó a echarse el arma a la cara y disparar. ¿Qué pasó después? Mejor hubiera querido quedar muerto en ese instante: el hado fatal del remordimiento lo perseguía desde entonces. Apenas sonó el tiro una exclamación de dolor llegó a sus oídos. Apresuradamente y con el presentimiento de algo funesto, corre al lugar en que cayó el bulto que le sirviera de blanco, con avidez abre los matorrales que le cercan y llega al sitio. Lo que vió, le dejó paralizado; una palidez mortal invadió su rostro y el mundo dió vueltas ante sus dilatados ojos, se le oscureció la vista y cayó desplomado como si le hubiera caído un rayo.

Sus compañeros al oír la detonación se apresuraron en llegar al lugar en que Pedro acababa de desmayarse: El cuadro que se les presentó a la vista, les dejó estupefactos; En el suelo yacía ensangrentado el cuerpo de Felipe, uno de sus compañeros; a su costado yacía inerte el de Pedro; ¿Qué había sucedido allí? Con la rapidez del rayo optaron por sacarlos de ese lugar y en parihuela improvisada los trasladaron al pueblo; la estupefacción fue tan grande que ni siquiera palparon si vivían o nó. La alarma cundió en el pueblo y la gente antes tan contenta, ahora se arremolinaba curiosa a ver a los muertos, según el corrillo que circuló como

un relámpago. Un médico forense, fue llamado inmediatamente, y éste pronosticó de grave la herida de Felipe, pues las municiones le habían seruido el cuerpo comprometiéndole órganos vitales difíciles de sanar; a Pedro unos cordiales con unas gotas de éter, le volvieron en sí, puesto que de él sólo era un desmayo. La angustia reflejada en todos los rostros era atroz y todos maldicecían la fatalidad de aquel momento, tres largas horas de dolorosa agonía experimentó el infeliz Felipe; pero en un momento de lucidez que la providencia le otorgó, confesó ante todos sus amigos y mas personas presentes haber sido solo un accidente casual debido a su imprudencia, pues sin reparar en la fatalidad que se sernia sobre su cabeza, se adelantó de su partida y trató de incorporarse a la de su amigo Pedro a quien tanto quería; no podía sospechar que la muerte le asechaba y que ésta debía venir de sus mismas manos. Por último llamó a su amigo y le encargó bajo juramento, viera por su desventurada esposa y su hija tierna aún: Los episodios dolorosos que siguieron a esta escena, no es para descrita. A las tres de la tarde del mismo día, Felipe dejaba de existir. Los funerales aunque suntuosos verificados en Guayaquil, no llenaban el vacío dejado en su hogar y Pedro cumpliendo

la última voluntad de su moribundo amigo, se hizo cargo de la manutención de aquella desgraciada familia. Mas esto duró muy poco. El dolor del esposo perdido, afectó el débil organismo de Virginia su inconsolable esposa, y a los pocos meses fué a reunirse a su Felipe en el reino de la nada.

Entonces Pedro condujo a Irene a su casa y la proveyó prodigándole la educación y cuidados que el deber le imponía; más tarde, viendo en ella un alma pura e inocente, resolvió casarla con su hijo para de esa manera pagar en algo el mal que la había hecho, cegando las vidas de sus desventurados padres. ¿Pudo conseguir su afán? ya hemos visto que nó, pues su hijo se resistió a esta unión que él ignoraba la parte secreta que su padre abrigaba en su corazón.



Parte Tercera.

Ernesto al que hemos visto deslizarse cubierto en su capa y con su sombrero de anchas alas aprovechando el gentío que llenaba las escaleras de su palacio, pasó inadvertido hasta la calle llena de autos y de curiosos aglomerados en todo el frente del edificio; cruzó a la acera opuesta y viró la esquina contigua internándose por las bocacalles oscuras y silenciosas. Su cabeza ardía y pensamientos extraños agitaban su cerebro. Esta fuga del hogar paterno y en semejante circunstancias, significaba su pérdida total del afecto de su padre y por consiguiente talvez aún hasta el de su fortuna; en adelante sería un ser abandonado y miserable, andaría errante y bagabundo, sólo y triste arrastrando su destino, pero tranquilo al no haber sido objeto de una mala acción.

La noche la pasó errante, no quería molestar a ningún amigo porque la mayoría estaban en su palacio, y seguramente se burlarían de él; escrupuloso en extremo no había tomado dinero, porque le parecía un robo al tomarlo sin el consentimiento de su padre; apenas le quedaban algunos reales que él se

resolvió economizarlos por lo que pudiera venir; en este estado de ánimo se concretó pues, a vagar por la ciudad a la ventura sin rumbo fijo, como el Judío Errante; eran las 12 de la noche, las calles estaban silenciosas, uno que otro transeunte cruzaba en su camino; meditaba su porvenir y lo veía muy oscuro en la ciudad no podía permanecer más tiempo sin exponerse a la burla y crítica de todo el público; lo mejor era huir, huir lejos, muy lejos, a donde nadie lo conociera, donde pudiera él pasar sus angustias sin testigos, a un campo, a una hacienda, aunque fuera de peón; se cambiaría de nombre, para no avergonzarse ni que nadie se averguense de él; así nadie sabría donde se hallaba y el tiempo o el destino dispondría lo demás; así pensando fue acercándose paulatinamente al Malecón. La luna plateaba las aguas del anchuroso río que cual sábana de plata se extiende a los pies de la ciudad. Una pitada aguda de uno de los vapores fluviales surtos en la ría, le sacó de su ensimismamiento; las chispas que salían de la negra chimenea le hizo comprender que aquel vapor estaba de viaje; no pensó más, solo quería alejarse cuanto antes, se acercó a paso largo al muelle y supo que aquella embarcación salía enseguida para Vinces y otros pueblos colindantes; se embarcó sin pérdida de tiempo y tomó su pa-

saje; los marineros maniobraron rápidamente y 10 minutos después la embarcación surcaba las aguas rompiendo el oleaje con rapidez vertiginosa, poco tiempo después solo se veía la ciudad en sombra y las casas iban desapareciendo como sepultadas en un abismo. Ernesto presa de cruel melancolía sentóse en un banco en la proa que estaba solitaria, apoyó su cabeza ardorosa en sus frías manos y dió rienda suelta al llanto que hacía tiempo que le ahogaba. Al alborear el siguiente día paisajes maravillosos desfilaban ante sus ojos como surgidos por obra mágica de algún hábil encantador, hermosas praderas, bosques de palmeras, frondosas huertas, y verdes dehesas extensas, como manto de esmeralda, moteadas con los pintorescos colores del ganado que pacía tranquilo, exuberantes de hermosura. Casitas de los vaqueros y pescadores satisfechos de su pezca nocturna, todo esto pasó por los ojos de Ernesto como una cinta de Cine que se deslizara rápidamente ante sus lánguidas pupilas. Eran las 8 de la mañana, un sol reverberante doraba las copas de los árboles, el vaporcito seguía su marcha internándose más y más por aquel río ahora estrecho y correntoso; infinidad de vueltas y curvas obligaba al timonel a maniobrar con rapidez la rueda del timón; derrepente al virar una de aquellas curvas, asomaron las pri-

meras casas del pueblo pintorescas y alegres, con sus torrecillas y veletas que giraban con el viento, sus palomares y sus hermosos árboles de mangos, cargados de su deliciosa fruta; campesinos con trajes típicos cruzaban las calles en sus quehaceres; una pitada formidable, paralizó a todos. El vapor llegaba de Guayaquil, todos se arremolinaron al muelle donde debía acoderar; curiosos los más, miraban con ojos ávidos a ver a los pasajeros; cada llegada de un vapor el que es esperado con ansia, es un acontecimiento, porque ahí vienen interesantes correspondencias de sus relaciones comerciales y familiares.

Ernesto saltó como los demás, nada le quedaba que hacer en aquel vapor que lo había trasportado; como un bohemio anduvo errante algunas horas, atardecía: ¿Qué iba a ser de él? Una casa posada le brindó albergue por aquella noche; su cuarto signado con el número 5 poseía dos camas, era seguro que algún compañero iba a tener para pasar la noche, quizá este fuera un hombre de corazón; le pondría al corriente de que era un forastero quien no conocía a nadie en ese lugar, le expondría su necesidad de trabajar para poder vivir, no había necesidad de entrar en pormenores, concretamente le diría vengo de Guayaquil, me llamo Ricardo y necesito trabajar; quizá el le diera algún derrotero para

su porvenir. Así pensando se quedó medio dormido apoyado en el borde de su cama; derrepente una mano se posó en su hombro y su contacto le despertó; ante él se hallaba un hombre de aspecto franco, con esa franqueza campechana de los hombres criados entre la rudeza de los campos. Ernesto se incorporó inmediatamente, tendió sus manos al visitante, acercó una silla para que se sentara y en franca camaradería refirió su situación, sin quitarle lo angustioso de su porvenir si no hallaba trabajo y albergue: Anacleto Bustamante, pues él era su interlocutor por una rara casualidad del destino había llegado de la hacienda donde prestaba sus servicios como Mayordomo desde hacía largo tiempo y tomó ese cuarto en espera del vapor que debía conducirlo a Guayaquil por asuntos relacionados con su trabajo y para recabar fondos necesarios para el pago de su gente; el vapor mismo que había conducido a Ernesto debía conducirlo a la ciudad, así es que todavía le quedaba un día libre, mientras el vapor hacía puerto recogiendo su correspondencia de retorno.

La impresión favorable que le causó desde el primer momento a Ricardo Valman, (con este nombre se presentó) influyó en su ánimo una simpatía franca, que germinó en admitirlo entre sus trabajadores distinguiéndole

algo de los demás, puesto que otro empleo no había en la hacienda que él regentaba.

Anacleto creyó una resistencia natural de parte del joven, puesto que se veía palpablemente que no estaba acostumbrado a esta clase de trabajos rudos, como son los del campo, más se quedó admirado al ver el entusiasmo con que fue recibida su proposición y en el optimismo con que el joven entraba de lleno en su nueva posesión. Como se acercara la hora de su partida, dió una carta para su sobrina Elena, recomendándole admitiera a su nuevo peón; indicóle el camino que debía seguir y así quedó Ernesto colocado como un simple jornalero en la propiedad en que hemos visto al principio de esta historia.

Parte Cuarta.

Don Pedro, apenas pasada la primera impresión de dolor que le causó el acontecimiento que ya todos conocemos, se dedicó con toda su alma al cuidado de Irene, la que pálida y demacrada llevaba desde entonces una vida claustral; esa casa antes alegría, dicha y grandeza, hoy era algo así como un cementerio, por su silencio y soledad. Irene había hecho voto solemne de dedicarse al servicio de Dios en un convento, y trabajaba asiduamente en el ánimo de su padrino para llevar a efecto su resolución; don Pedro, trataba de convencerle en contrario, pero todos sus esfuerzos fueron vanos: Al mes del cruel desengaño amoroso, Irene entraba al convento de las Marianitas, dedicándose enseguida al postulado. El anciano banquero quedó anonadado; su casa sola, sus ilusiones deshechas, su principal objetivo perdido, su vida se le hizo amarga; dolorosos recuerdos atormentaban su mente; cuanto se arrepentía de su terquedad para con su único hijo, pero él creyó hacer bien y aplacar su conciencia con este acto; no se fijó él, que mientras por un lado satisfacía una deuda, por otro infringía los mas sagrados deberes para con el que, él

nismo le diera el ser; ¿porqué quiso obligarle a casarse con quien no debía nunca hacerlo feliz? estas y otras consideraciones atormentaban atrozmente al desventurado anciano; Un día vino a visitarlo su antiguo camarada Alberto Wilman, aquel compañero y testigo de su desgracia; a la muerte de su padre, el heredó toda su cuantiosa fortuna y la mayor parte de su capital lo tenía en el Banco de Dn. Pedro, todas sus operaciones las verificaba por su medio. La hacienda en que acaeció la desgraciada muerte de su más caro amigo Felipe, la heredó Alberto al igual que la demás fortuna; desde la muerte de su padre jamás había ido a visitarla y como tenía por ella amargos recuerdos, la abandonó al cuidado solo de su Mayordomo; hombre éste honrado y puntual, nunca dió lugar a su amo para que dudara de su probidad, así que hacían algunos años que Anacleto era el único dueño se puede decir de aquella extensa y hermosa propiedad. Después de saludar a su desgraciado amigo, Alberto le propuso una idea saludable para arrancarle de ese marasmo en que se hallaba sumido desde la fuga de su hijo; oye Pedro le dijo: sé muy bien lo duro que será para tí moverte de la ciudad y abandonar tu casa, pero tu salud exige el aire del campo te sentaría muy bien; vámonos a dar un paseito por

algún pueblo cercano, Daule, Samborondón, Vinces & &. ¿Y porqué no irnos a mi hacienda? hoy está cambiada completamente. Un joven que Anacleto ha tenido la suerte de recibir como su ayudante, ahora está trasponiéndolo todo; los bosques están quedando talados y todo se ha convertido en frondosas palmeras y huertos de apetitosas frutas: Anacleto me ha encomiado mucho a este joven que dice llamarse Ricardo pero que yo no le conozco; aprovecharemos esta ida para conocerlo. Por otra parte Pedro, todos hemos tenido nuestros días amargos en la vida; tú bien sabes que también yo he tenido mis dolores y desengaños: bien sabes que me casé clandestinamente sin el gusto de mis severos padres, y viviendo oculto de ellos mas de un año, me mandaron a Nueva York urgentemente quizá con el ánimo de separarme practicamente de mi adorada Viola; cuando regresé al año de ausencia, solo supe que dió al mundo una preciosa criatura, que al no poder sostenerla la encomendó a su hermano al que jamás conocí. ni sé hasta ahora quien sea ni donde resida; todos mis esfuerzos por encontrarlo han sido vanos y solo llegué a saber la muerte de mi esposa, por una vecina de la casa donde habíamos formado nuestro hogar ¿después? el misterio. Siempre que estos recuerdos vienen a

mente, se me parte el alma de angustia y me ahogo en este ambiente miserable lleno de intrigas y compromisos que lo esclavizan a uno, haciéndole un ser desgraciado pero hipócrita, puesto que tiene que ocultar todo, al pulpo de la sociedad en que vivimos. La amargura me domina, y entónces no hallo mas halago que salir al campo, siquiera por unos días, al aire libre, a la soledad; vámonos Pedro, acompáñame y te agradeceré con toda mi alma. Pedro meditó un momento, y al fin convencido de la verdad de las palabras de su amigo, resolvió acompañarlo y quedó formulado el viaje para el próximo día. El vapor "San Pablo" desatracó de su muelle al alborar; dos viajeros ancianos, de larga barba, cubiertos con anchas capas de paño oscuro y sombreros de fieltro se hallaban sentados en la proa y conversaban amigablemente; algún suspiro salido de sus pechos, denotaba que su conversación no debía ser muy alegre; iban indiferentes a todas las sensaciones que se experimentan en un viaje por los ríos de nuestro litoral, solo de vez en cuando extendían sus miradas a los soberbios paisajes que pasaban veloces ante sus retinas; Pedro y Alberto recordaban apesar suyo el viaje de cazería que tan funesto resultado tuvo, allá por los tiempos de su juventud: estos amargos recuerdos entristecía sus sem-

blantes y quitaba de sus almas la alegría propia de estas excursiones. Al fin al atardecer del mismo día llegaban ante las alegres casitas que como avanzadas se extienden por las riberas al sur del pueblo; Anacleto anticipado por medio de un telegrama esperaba a su amo en la orilla y miraba con avidés la llegada del vapor; apenas vió saltar a Alberto corrió a su encuentro y lo saludó con respeto; como conocía también al amigo de su señor, se apresuró a darle la bienvenida; inmediatamente montaron a caballo, y caballeros en sus briosos alazanes, partieron al galope, jamás sospecharon las sorpresas que les esperaba en ese rincón del mundo, en ese oasis de la naturaleza, en ese pedazo de tierra llamado a producir tantas impresiones en el alma de Pedro. Del pueblo a la casa de la hacienda, distaba una dos horas mas o menos, así es que a las 9 bajo un sol tropical pero amparados por las frondosas huertas de cacao que tenían que cruzar, llegaron a los linderos del gran patio que ya conocemos. El ganado como para recibir a su amo, se había aglomorado en los potreros verdes y abundantes que estaban a los costados de la casa, caballos y mulares de fina raza, piafaban impacientes en sus pesebreras. La entrada fue triunfal; toda la peonada advertida por Anacleto esperaban en alegre consorcio a la entrada; es-

truenos vivos resonaron como un torrente salido de todas las 60 bocas que lo aclamaban. Pedro veía todo como un sueño, el recuerdo de su hijo vino a turbar la alegría que quizá había experimentado con tan espontáneo y franco recibimiento; su mirada vaga se fijó derrepente en la ventana de una alegre casita que había a unos 50 pasos del lugar en que se hallaban. Maceteros cubiertos de flores formaban un marco a la ventana y en medio, como una reproducción de algún cuadro de Velázquez, se hallaba una linda muchacha que miraba risueña y curiosa la llegada de tan nobles caballeros. Una agradable impresión de simpatía germinó por el alma de Dn. Pedro, y sin quererlo, sin pensar casi automáticamente, se sacó el sombrero. Una inclinación graciosa de cabeza, contestó su saludo y desde entonces, estaba resuelto el destino de los criaturas que habían nacido para ser el uno del otro. Pasaron algunas horas en que los viajeros descansaron del fatigoso viaje.

Don Pedro recostado en un diván no dormía, vagaba; la sombra de la simpática figurilla que había visto en la ventana vagaba tenazmente en su imaginación; hasta llegó a creer que se había enamorado y sonrió al suponerlo, era muy anciano para esas muchachadas; pero la visión persistía; su amigo

dormitaba tranquilamente; se levantó sin hacer ruido y salió; la ventana estaba vacía pero el recuerdo seguía imborrable. Anacleto y su peonada se habían retirado ya a sus quehaceres: todo estaba en silencio respetando el reposo de sus dueños. Una idea cruzó rápidamente por la mente de Don Pedro, ir a esa casita y ver quien era aquélla muchacha que tanto le había impresionado; el no era hombre que demoraba en sus resoluciones, así es que se dirigió enseguida lleno de curiosidad y casi de alegría. La puerta del zaguán estaba entornada; llamó con los nudillos de los dedos. Una voz dulce y melodiosa contestó de adentro; parecía que supiera quien se hallaba a su puerta. Entrad señor! le dijo: Don Pedro empujó la puerta y entró; en el descansillo de la escalera le esperaba Elena; saludó al recién llegado con una sonrisa y le tendió la mano. Subid señor le dijo, dispensad la pobreza de nuestro hogar, pero mi tío Anacleto no puede hacerlo más; de todas maneras, seais bienvenido. Don Pedro se quedó estático; alguien conoció en su juventud, que tenía esa voz, esos moños esos ojos, ese sonreír delicioso; se quedó pensativo un momento; derrepente como que hubieran descorrido una venda de sus ojos, recordó a Viola, la esposa de su amigo Alberto, la desgraciada que murió ignorada y quien sabe en que rin-

cón oscuro de este miserable mundo. La recordó patente; éra su mismo retrato, al no haber pasado tantos años de muerta y no haber ese lapso de tiempo en que élla ya sería anciana, diría que era la misma. Se acercó cariñoso y acariciando su barbilla le dijo: ¿Cómo os llamais niña bella? — Elena Bustamante, su servidora; Bustamante, Bustamante; su padre fué Bustamante? — Ignoro señor; mi tío jamás mé ha dicho quien fué mi padre, yo no lo conocí, porque mi madre dice mi tío, — que murió. — ¿Y desde entonces no habeis sabido nada de vuestro origen? — No señor, no salgo jamás de este lugar y aún cuando en parte me he criado en Guayaquil, jamás he sabido mi verdadero origen. El tío no me lo dice nunca. Pues bien, yo le haré que os lo diga; en ese momento y como llegado a un conjuro Anacleto subía la escalera en compañía de alguien que todavía no era visible. Un segundo después, dos hombres entraban en la estancia. Lo que pasó en este momento no hay pluma que lo describa. Como impulsado por un resorte, Dn. Pedro se levantó de su silla y con ojos dilatados miró al recién llegado. ¿Pero es verdad lo que veo? Su hijo! su hijo Ernesto en cuerpo y alma le tenía por delante, su hijo perdido lo hallaba milagrosamente; en que facha Dios mío! como un peón; de un salto se arrojé

sobre Ricardo y lo abrazó tan estrechamente, tan fuertemente, que a no ser por el vigor y la juventud de él, le habría ahogado entre sus brazos. Ernesto (a quien lo seguiremos llenando por su verdadero nombre) solo supo pronunciar una palabra; Padre mío! Padre mío! y sollozando se arrojó entre los brazos de su anciano Padre, la estupefacción de Anacleto y Elena al ver este cuadro conmovedor fué grande. ¿Como aquel joven llegado a su casa de manera tan miserable, era el hijo del mas acaudalado banquero de Guayaquil? hijo de Don Pedro, el amigo íntimo de su amo, de Don Alberto, del dueño de esa enorme y rica posesión? ¿Como no supo adivinarlo? él, que debía ser su amo, había estado como su peón? Ahora se acordaba todos los actos de nobleza del joven, aún hasta el perdón para sus enemigos, Aniceto y Manolo, perdón otorgado a raíz de su curación. Sus modales, sus manos blancas y bien cuidadas, todo no denotaba ser de noble estirpe? ¿Como lo había confundido? El pobre anciano se santiguaba mientras Elena cohibida miraba de soslayo a Ernesto que lloraba en los brazos de su padre. Pasados los primeros transportes de alegría, Don Pedro invitó a Anacleto y su sobrina para que lo acompañasen a la casa principal, donde Alberto inocente de estos incidentes seguía dur-

miendo a pierna suelta. Llegados allí Pedro entró del brazo de su hijo a quien no se cansaba de estrecharlo contra su pecho; al ruido producido con sus pisadas despertó Alberto, medio incorporándose en su lecho improvisado. Más tuvo que pasarse las manos varias veces por sus ojos, para convencerse de que estaba despierto; Ante él, se hallaban Don Pedro con su hijo y Anacleto, "con su mujer", ¡ con su Viola tan llorada, con su Viola adorada a quien no olvidaba ni un momento; su primer impulso fué de estupor, pero luego serenándose atrajo hacia sí a Ernesto a quien lo abrazó con entusiasmo, luego tomó de la mano a Elena y la miró con arrobamiento.

Un dulce presentimiento embargó todo su ser; pero, ¿sería posible? una duda cruzó por su mente con la rapidez del rayo; todos se hallaban atónitos ante este cúmulo de acontecimientos; llamó a Anacleto con dulzura y encarándose con él le miró a los ojos con insistencia como para hipnotizarlo; Anacleto, le dijo, poniendo una mano en su hombro: Por lo más sagrado para tí, por tu madre, por tu esposa muerta, por el Cristo crucificado, dime ¿quién es esta niña? ¡ No me lo ocultes, tu lo sabes, tus ojos me lo dicen, apresúrate que me muero de angustia. Las manos le temblaban, y los sollozos inundaron sus oscu-

ros ojos: Un sudor helado resbalaba por su frente, la angustia era mortal, comprendiéndolo Anacleto, se inclinó sumiso ante su amo, y haciendo con la mano la señal de la cruz, dijo: Señor: juré ante la tumba de mi desventurada hermana, que jamás divulgaría la procedencia de esta niña; desengañada en sus amores, esa mártir dejó de existir; por la enfermedad de amar; su último suspiro fue para el ser amado de su corazón y esta niña fue el fruto de ese amor; murió su madre y he concretado mi vida en atenderla; soy pobre, Ud. lo sabe y por eso no la he dado la educación que ella merece: pero tiene un alma noble y un rostro de ángel. Ud. la vé, hoy soy ya viejo, puede sorprenderme la muerte, y mejor devuelvo el tesoro a su dueño, Sr. Alberto Wilman: esta es vuestra hija; y el pobre anciano cayó desvanecido a los pies de Alberto. El júbilo experimentado por Wilman a esta solemne declaración fue indescriptible, alborozado y lleno de alegría, abrazó a su hija que lloraba de placer; con que su padre había sido el propio dueño de esa riquísima propiedad y ella que lo ignoraba, pasaba horas de angustias tenida por una simple sirvienta, puesto que su tío lo era: ¡oh! capricho del destino! ahora que sabían quién era su Ricardo y que se moría de dolor al pensar la distancia enorme que

los separaba, ahora que hace un momento se veía humillada ante tan noble señor creyéndose una pobre hija del pueblo, resulta que también ella es su igual, también es la hija del acaudalado Alberto Wilman, luego ella no es Bustamante, es Wilman con todas sus letras; ¡qué dicha! así se podría casar con Ricardo y mirarlo frente a frente sin humillarse; este y otros pensamientos pasaron rápidamente por la mente de Elena y el placer embargó todo su ser. Ernesto miraba estático todo lo que pasaba a su alrededor, solo un pensamiento agitaba su cerebro. Elena después de este descubrimiento ¿consentiría en ser su esposa? Mas aún no había acabado de formularse esta pregunta, cuando Elena arrojándose ante su padre, le dijo sollozando de alegría; Padre, grande es este día para mí, pues os he encontrado, pero para que sea imperecedero y guarde su recuerdo en mi alma toda la vida, quiero padre mío que consientas en que me case con Ricardo: pues con ese nombre lo conocí y quiero que perdure para mí tan dulce nombre.

Luego dirigiéndose a Don Pedro que estaba anonadado con tantos acontecimientos, le dijo: verdad padre que consentís? por toda respuesta los dos ancianos se arrojaron sobre Elena y le confundieron a besos. ¿Que si querían? ¿porqué nó? ante ellos y por pri-

mera vez Ernesto estampó el primer ósculo a su bella novia, y con esto quedó pactado de una manera solemne el destino de los dos. Al día siguiente, a petición de los dos novios, se celebraba tan fausto acontecimiento en la Iglesia de aquel pueblo; querían guardar hasta el último momento la relación sencilla de sus amores nacidos en el campo, con la placidez propia de las gentes que no conocen los egoísmos sociales ni las pompas del gran mundo. La peonada reunida con Aniceto de Jefe, esperaban a los recién casados, con sus trajes típicos y sendas guitarras en que campeaba el "amor fino" cantado por todos los trovadores de aquel recinto. El gran patio sirvió de sala de baile para aquellas alegres gentes, sin que una nota discordante viniera a turbar la felicidad y alegría de todos.

FIN.



